

Tal es el artículo de Mr. Pagés: el nos parece bien escrito, y aunque sea mal traducido, le hemos dado un lugar en las columnas del LUCE, pues en nuestro humilde concepto demuestra la importancia de nuestras creencias, en una época en que como dijimos antes, se miran con desprecio, y en que la religión encuentra pocos ecos en los corazones,

sin considerar que esa religion santa debe ser la única esperanza del hombre; pero el hombre es altivo, ha querido penetrar mas allá de lo que le es dado y se ha estraviado; ha apagado la antorcha de la fé y se ha quedado en tinieblas: pobre humanidad!.....

P. M. DE TORRESANO.

INSTRUCCION PUBLICA.

Si hay algunos datos para conocer la marcha y adelantamientos de un pueblo, no se toman ciertamente de la vista de esos magníficos y sorprendentes edificios, destinados para el recreo de los magnates, ni de la generalización de un lujo, que las mas ocasiones no se puede sostener sino por la corrupción de costumbres: tramos que agobian á sus pueblos con toda clase de vejaciones, levantaron arcos triunfales para perpetuar su memoria: pueblos sumergidos en una abyecta estupidez, construyeron y adornaron templos, para quemar incienso á sus ídolos y á sus preocupaciones; y los primeros solo han eternizado en sus monumentos la memoria de su orgullo, y los segundos han legado á la posteridad el título de su ignorancia. Los mas bellos ornamentos de una nacion civilizada, son sin duda alguna el fomento de la instruccion pública y de la moral, y la creacion y mejora de los establecimientos de beneficencia. Sin estos elementos, la sociedad no existiría ó sería un yugo insoportable, y los hombres remirían bajo la dura mano del despotismo del mas fuerte.

Sábía la naturaleza, concedió al hombre el atributo sublime de la inteligencia, por el cual ha podido bastarse á si mismo, remitir la accion brusca de los elementos, cubrir sus necesidades de una manera cómoda, y aun proporcionarse goces en la vida: grabó en su corazon el amor de sus semejantes, fuente purísima de las acciones generosas, origen de muchas virtudes y el freno mas saludable contra el vicio: de estos atributos derivan los principios de las conveniencias sociales. ¿Qué sería el hombre sin estos dones con que le enriqueció el Criador?... Desnudo y sin abrigo, sería el mas desgraciado en medio de la abundancia, y feroz para con sus semejantes, no vería en ellos sino

unos rivales á quienes disputar la presa: ni el principio de la propia conservacion hubiera bastado para perpetuar la especie humana: obligada por su misma organizacion y por sus necesidades á proporcionarse recursos, que no hubiera encontrado fácilmente en el momento de su nacimiento, ni en el largo periodo que transurre para que sus miembros se robustezcan, su ruina sería inevitable. Pero el Autor de la naturaleza le dió privilegios especiales, que debían formar con el tiempo al hombre civilizado que hoy nos sorprende; le dió todos los recursos necesarios para formar las sociedades, todo el poder para resistir y aun dominar á todos los seres de la creacion: la inteligencia y la moral constituyen este poder.

Mas ¿qué ventaja sacaría la especie humana, si cada hombre se viera forzado á no usar de sus atributos, sino en su propio provecho y sin comunicar sus observaciones? Cada generacion tropezaría con los mismos obstáculos que la anterior, y cuando el hombre llegara á una edad, en la que hubiera adquirido un mediano caudal de conocimientos, la muerte lo arrebataria con él, sepultándolo en el olvido.

Seguramente de esta convencion ha nacido el empeño con que en todos tiempos, desde la mas remota antigüedad, se ha procurado dar estabilidad á los descubrimientos de todos los siglos, á los ratiocinios de todos los sábios y á las verdades confirmadas por la esperiencia; se ha creído conveniente grabar la serie de los pensamientos que se han juzgado de interés, y legar á la posteridad una piedra, para ayudarla á construir el edificio social. La presente generacion debe perfeccionar la obra de sus antepasados, y si conquista algunas verdades interesantes, dar su contingente, para aumentar la suma de los conocimientos, ó para con-

solidar los que ya habia adquirido. La ciencia no reconoce tiempo, ni patria: los conocimientos antiguos y los modernos, deben estar enlazados de tal manera, que los unos sirvan para perfeccionar ó para desechar los errores. ¿Conoceremos ni aun los mas groseros tejidos con que cubrimos nuestras carnes, si no hubiéramos aprovechado la herencia de los siglos anteriores? ¿Tendríamos habitaciones en donde guarecernos de la intemperie y los arduos necesarios para la vida? Una larga serie de operaciones intelectuales se han necesitado para sacar de las producciones de la naturaleza, todo el partido que demandan nuestra comodidad y nuestros deseos: en las investigaciones de nuestros antecesores hemos encontrado á veces un apoyo para nuestros trabajos, y á veces la conviccion de los precipicios, de que debemos huir; nociones importantes, cuya generalizacion forma el cimiento de felicidad pública.

En el interés de la sociedad está que los gobiernos dediquen toda su vigilancia á la mejora y progreso de la instruccion, y en México muy particularmente. La larga existencia que cuentan ya las naciones del antiguo continente, la fácil comunicacion en que han estado todas sus poblaciones, y la multitud de genios, que en su larga vida, han aparecido sobre la escena del mundo, han sido suficientes para despertar á aquellas de ese profundo letargo, en que por tanto tiempo estuvo sumergida la Europa; mientras que México con los hábitos de una colonia, á la que se procuró conservar por una servil obediencia, hoy comienza á lanzarse en la carrera del mundo y de la libertad, y tiene por rivales á esas naciones, que si le aventajan un poco en conocimientos, le exceden con mucho en sus ciencias, y mala fé: si queremos andar con paso lento, muy pronto perderemos de vista á los que corren. Felizmente han pasado, para no volver, esos tiempos de horror y de tinieblas, en que el saber era un crimen, la duda una impiedad, y la ensangrentada cuchilla del verdugo la única ley: ya no veremos sojuzgada la conciencia, y podemos libremente sujetar al análisis todas las verdades, las dudas y los derechos.

El espíritu de investigacion es el espíritu del siglo. No son hoy las sociedades unas reuniones de hombres que vagan al acaso, sin otros

conocimientos que los de su instinto, y sin otras necesidades que las puramente animales; no se contentan con ver lo presente, desdenando el porvenir; la voz mágica de libertad suena en todo el orbe y la civilizacion se propaga hasta los mas remotos confines de la tierra. ¿Cómo será posible, que atrincherados en nuestras preocupaciones, nos avergoncemos de salir del círculo estrecho que nos trazaron nuestros mayores? Si consideramos en las mejoras sociales que hemos conquistado en el poco tiempo que tenemos de independencia; en la infinita variedad de objetos, diseminados en la vasta estension de la república, que debiendo formar nuestra riqueza, no sabemos hacer productivos; en que la Europa tiene miras sobre nosotros, y cuenta para realizarlas con nuestra debilidad y nuestra ignorancia; en que nuestras continuas guerras civiles dependen parte, de nuestros atrasos, y en que es preciso combinar los elementos de dicha con que contamos, para hacernos respetar, México tiene mas necesidad que otros pueblos, del fomento de la instruccion pública.

Cuando no se habian establecido con exactitud los principios de cada uno de los ramos, eran tolerables algunos métodos embrollados de enseñanza, que una funesta rutina ha conservado hasta nosotros; pero ya que el tiempo ha puesto en claro, que es imposible abarcarlo todo, sin esponerse á no saber nada, es preciso dar de mano á nuestras preocupaciones. Los conocimientos humanos conspiran á un mismo fin, aunque por distintos caminos, son como las ruedas de una gran máquina, que obrando en un espacio corto, todas contribuyen al movimiento general. Así, pues, debe buscarse en cada ramo todo lo que tienda á adelantarlo, y no por una vanidad insustancial erudicion, llenar nuestras cabezas de términos pomposos, que alcanzan al vulgo, pero que nos sirven de poco. En diversos artículos iré esponiendo mi opinion acerca de las diversas clases de instruccion pública.

Si un principio de soberbia en los grandes, dió en otro tiempo lugar, y aun favoreció la ignorancia del pueblo y su consiguiente envilecimiento, un principio de conveniencia pública, reclama hoy la ilustracion de las masas.

JOSE MARIA REYES.

LOS JUDAS.

„Hay hombres que parece que han nacido para el infierno.”

SAN AGUSTIN.

Más de diez y ocho siglos ha que un discípulo de Jesucristo, llamado Júdas Iscariote, dominado de la avaricia, se presentó en Jerusalén á la Sinagoga, ofreciéndola entregar á su maestro, por el precio de treinta dineros. La Sinagoga admitió; el infame apóstol consumió su obra. A pocas horas se arrepintió; mas avergonzado, no quiso pedir perdón al Salvador, y se suicidó, colgándose de un árbol.

Fileno me encuentra, me abraza, me aprieta la mano, con la sonrisa en los labios me llama hermano; mas apenas se separa de mí, cuando dice al que va á su lado: „este mentecato me da lástima, cree merecer mi aprecio; es un pobre diablo que debia estar proscrito en la sociedad; no tiene moral, educación”... y así prosigue ajando mi reputacion. ¿Será posible concebir virtud alguna en un hombre tan perdido? No; este hombre es capaz de los mayores crímenes. Es peor que Júdas.

Simon se pasea en magníficos carruages, obsequia á sus amigos con espléndidos banquetes, sacia sus pasiones pagando á cualquier precio los placeres; mas recorre la ciudad, y oíreis las maldiciones que le prodiga la viuda que apenas tuvo para sustentarse dos ó tres dias con la cantidad que le dió por su pension, queya recibió el íntegro; oíreis las lágrimas del huérfano y las murmuraciones del empleado, que se hallen en el mismo caso que la viuda. Ofreced á este rapaz agiotista una regular suma de dinero, porque consiga la ruina de la industria, y trabajará por lograrlo; proponga-le una nacion estrangera un millon de pesos por

la libertad de su patria, y aunque conozca que él ha de ser el primer esclavo, apurará todos los medios por ver si puede conseguirlo; porque su patria, su Dios y su existencia son el dinero. A su lado, Júdas es un ángel.

Tadeo conoce que una transaccion evitaria á Manuel su cliente grandes costas judiciales y fuertes desazones; pero como esto le haria concluir un negocio que le puede producir buenas cantidades de pesos, atiza la discordia y obliga á su parte á continuar hasta lograr la completa victoria. Júdas no abusó hasta este estremo de la confianza del Salvador.

Julio, Simplicio, Fabian, dependientes de D. Anacleto Vilches, á quienes ama como á hijos, se presentan con un lujo tal como si fuesen hijos de algun millonario, siendo así que su caudal no es mas que una moderada pension que el honrado viejo les tiene asignada. D. Anacleto está para quebrar, y su desgracia ha sido causada únicamente por los despilarros de los tres jóvenes, quienes para satisfacer su lujo y sus vicios robaban al cándido anciano. Dignos imitadores de Júdas, sacrificaron vilmente á su bienhechor.

A Félix, diputado á cierto congreso, ofreció el gobierno un destino porque diera su voto por un proyecto desatinado: ¿qué le importaba que fuera de por medio la patria, si él habia ya ganado su subsistencia para lo futuro? Júdas se arrepintió al menos de su crimen; pero Félix cada dia se complace mas en el suyo.

FÉLIX CERILLOS.



Liceo Mexicano.



D. PEDRO MOYA DE CONTRERAS.
6.º Virrey de la N. E.

GALERIA DE LOS VIRREYES DE MÉXICO.

D. PEDRO MOYA DE CONTRERAS,

ARZOBISPO DE MEXICO, PRIMER INQUISIDOR Y VISITADOR

DE LA NUEVA-ESPAÑA.

1583.—Sin por razon natural debieron sentir los habitantes de la Nueva-España la muerte del anciano conde de la Coruña, la idea sola de que mientras se sabia en la corte y se le nombraba sucesor quedaba gobernando la audiencia, era bastante para aterrorizarlos. En efecto, apenas dejó de existir X Suarez de Mendoza, se encargó la audiencia del gobierno á mediados de 82, siendo su presidente el decano Dr. Villanueva.

Gobernaban, pues, tranquilos los oidores ignorando que Mendoza habia pedido para ellos un visitador, cuando Felipe II nombró para este cargo al arzobispo, hombre severo y recto, y que conocia, sobre todo, la perversidad de los oidores, con lo que bastó para ponerles miedo. Y así fué, que luego que le llegaron los despachos, el arzobispo los presentó, obsequiando la costumbre, á la audiencia cuyos miembros temblaron al oírlos leer y admitir por el acuerdo. Se abrió, pues, la visita, y en pocos dias oyó Moya multitud de quejas, pero no se atrevió á proceder contra los culpados inmediatamente, sino que determinó antes dar cuenta al rey y esperar su resolución, recomendándole entretanto á los que cumplian bien su deber, y mientras fué cortando con prudencia los abusos todos de que tenia noticia.

1584.—Se empleaba aun en la visita D. Pedro Moya, continuaba recibiendo quejas é impidiendo abusos y esperaba los despachos del rey para corregir á los malvados, á tiempo que sabedor Felipe II de la muerte de Mendoza, le nombró por sucesor á Moya. Con el nombramiento de virrey, de cuyo cargo tomó posesion á 21 de setiembre, recibió D. Pedro facultades que no se habian dado á sus predecesores, de poder remover á su arbitrio de sus empleos

hasta á los ministros y oidores, y de castigar con penas graves á los que incurriesen en delitos que las merecieran. Con tales facultades, el virrey privó de su oficio á unos oidores, suspendió á otros y mandó ahorcar algunos oficiales reales, y quedaron los tribunales tan arreglados, que no dejó ni puso en ellos por ministros sino á hombres, cuya conducta le habian merecido confianza á él ó á personas de integridad á quienes consultaba. No por desempeñar el cargo de visitador abandonaba Moya de Contreras el gobierno político como virrey, ó el eclesiástico como arzobispo, porque á la vez daba cumplimiento á sus tres cargos sin desentenderse de ninguno de ellos. Así es que, teniendo orden del rey para estrechar á los indios que se hallaban dispersos, á que se reuniesen en los lugares vecinos para habitarlos, ó bien que formasen nuevas poblaciones, quiso ejecutar tal disposicion, pero para proceder con acierto y cordura consultó á los religiosos que dirigian á los indios, y ellos espusieron que la medida era perjudicial, como estaba acreditado repetidas veces. El virrey suspendió, dando cuenta á Felipe II para que resolviera lo que tuviese por conveniente. Acuerdo muy prudente y muy propio del celo pastoral de Contreras, prelado á la verdad dignísimo de la grey que regia.

1585.—El padre Juan de la Plaza hizo mocion para que se fundara, como se verificó, un seminario de indios, donde se les enseñaba á leer, á escribir, los rudimentos de la fe y canto llano. De este seminario se hicieron cargo, siguiendo los loables fines de su instituto, los religiosos de la Compañía de Jesus, corporacion de que mucho se ha hablado, sin considerar lo mucho que le debe la humanidad. El colegio, pues, es el de San Gregorio, de donde salieron

los españoles que allí estudiaban para el do S. Bernardo, que no existe ya, y cuyas rentas fueron aplicadas al de San Ildefonso.

En prueba de su solicitud y su empeño en los negocios de la Iglesia, el virey reunió en este año un concilio provincial, al que asistieron los obispos de Quaintmallan (Guatemala, que hoy es arzobispado), Mechuacán (Michoacán), Yucatan, Huaxacac (Oajaca), Jalisco y el de Tlaxcalla. (Puebla.) D. Pedro Romano, de quien hablaremos en la visita de Villa Maúrique. Este concilio es de los mas célebres de América, y aunque Velancourt dice que fué aprobado por el de Trento, nosotros que lo hemos visto, y que por otra parte, advertimos que el de Trento concluyó por los años de 50 á 60, podemos asegurar que mas bien algunas sanciones de este concilio general, fueron mandadas promulgar en aquel que además no ha tenido fuerza y vigor á pesar de las benéficas disposiciones que contiene, por haberle faltado la aprobacion de la silla Pontificia.

Este año se empenó el arzobispo en que saliese una rica flota para España, y logró en efecto, embarcar por Veracruz tres millones, trescientos mil ducados, en plata acuñada, y mil cien marcos de oro en tejos con otros muchos frutos de gran valor, que llegaron felizmente al lugar de su destino. Seguía el arzobispo gobernando con gran severidad, pero con justicia: los hombres honrados apeteían que durara mas su administracion, y en tanto llegó su sucesor sin dejar el por esto la visita hasta haberla concluido en el año inmediato.

Como nuestro principal intento es dar una idea, como tenemos ya dicho, del estado de México durante el gobierno colonial, no quisieramos detenernos en hablar de cada uno de los vireyes, pero casi nos es indispensable hacer que aunque sea una ligera recomendacion de D. Pedro Moya de Contreras. Basta solo para esto decir que fué el azote de los odioses, y que á pesar de haber reunido facultades tan amplias como ninguno de sus predecesores, y de desempeñar al mismo tiempo los cargos de arzobispo, visitador y virey, lo hizo con tal pureza, que murió á poco tiempo de hallarse en Madrid, siendo presidente del consejo de Indias, en tanta pobreza, que sabedor el rey de que no dejaba con qué ser sepultado, le costeó su entierro, el cual se hizo en la parroquia de Santiago: su único defecto, si lo era en aquel tiempo, fué haber sido inquisidor.

CARLOS M. SAAVEDRA.

APÓLOGO.

Cuan hermosa se alza Jerusalem sobre la cumbre sagrada de Sion, sirviendole de alfombra para asentar sus plantas el valle de Josafat, y para bañar sus bellas y delicadas formas el torrente cedron.

Era la hora de nona: el atrio del magnífico templo de Salomon estaba lleno de un concurso numeroso que escuchaba asombrado la palabra de Jesus de Nazareth; cuando penetró por enmedio de la multitud una muger seguida por dos hombres que procuraban detenerla, la cual dirigiéndose al Salvador le dijo.

Maestro: tú que eres sabio y bueno dime si tienen razon estos hombres para quererme castigar. Es el caso que salí muy de mañana de mi aldea para venir al mercado de la ciudad á vender hortalizas, y en el camino me encontré trada en el suelo una espiga muy hermosa que por casualidad se habia desprendido de un haz de trigo que algun jornalero conducia á la era, yo sin saber á quien pertenecia y temiendo que se la comiesen algunos cerdos, la recogí y la guardé: cuando volví á mi casa la desgrané y despues de molerla la mezclé con la demas harina, que tenía; tome en seguida esta misma harina y una poca de levadura con la cual y formé este pan que veis aquí y que por lo menos pesa sesenta dramas y despues de haberlo cosido en el horno me disponia á repartirlo á mis hermanos: cuando he aquí que llegan estos hombres, me sujetan de los brazos y se empuñan en llevarme ante un juez para acusarme de que me he robado este pan.

Á lo cual Jesus respondió dirigiéndose á los que la sugetaban. En verdad os digo, que no encuentro culpa en esta muger, y en lugar de vituperio merece elogio, porque si en vez de levantar la espiga la hubiera dejado tirada habria venido un huracan y arrojándola á un zarzal quedaria perdida para siempre. "El que tiene oidos para entenderlo, enténdalo."

A. RODRIGUEZ.

Newton, Pascal, Bossuet, Racine, Fenelon, es decir, los hombres mas ilustrados del mundo, en el mas filosófico de todos los siglos, y en el mayor vigor de su alma y de su edad, han crecido en Jesucristo.

VAUYENARGUES.

MÉXICO EN EL AÑO 1970.

¿Cuántas cruces se harán nuestros binóculos,
Cuando en la mano tomen los anales
De este siglo! Dirán: „Fueros discretos
„Nuestros abuelos, cultos, teatrales:
„En chaslar y escribir, hombres completos;
„En slabanzas propias, sin iguales;
„Pero en medio de tantas perfecciones
„Fueron unos grandísimos bribones.”

J.—J.—MORA.

Dox Próspero.—Es preciso confesar, sobrino mio, que los adelantamientos del siglo 20 en todas materias son gigantescos; pero el que mas me entusiasma y me hace concebir las mas liasonjeras esperanzas de que nuestra juventud va á causar una revolucion brillante en las ciencias y artes, es que por fin los hombres se han convencido íntimamente de que la piedra filosofal para todas las empresas, es que cada individuo se dedique exclusivamente á *un solo ramo*, y trate de hacer en él cuantas reformas juzgue convenientes. El defecto mas pronunciado de nuestros mayores en los siglos 18 y 19 era el espíritu enciclopédico; y el que no podia dar su opinion sobre varias materias, no era tenido por sábio; lo cual, como debes suponer, solo producía charlatanes los mas superficiales que pueden concebirse. Registra la mayor parte de los periódicos literarios de México del siglo pasado, y los hallarás llenos (principalmente algunos que habia de *pané lucrando et stomacho dependendo*) de artículos de ningún interés, regularmente de costumbres; pero ¡¡¡QUE COSTUMBRES!!!... y necesitas echarte á nadar para hallar en ellos algun buen artículo científico ó histórico.—¿Quién habrá muerto, que están doblando en todas las iglesias de México?

Ruperto.—El Telégrafo eléctrico avisó esta mañana á las siete que ha muerto repentinamente á las cinco y media de la misma mañana el gobernador de las Californias, hombre muy apreciable por sus virtudes, su vasta instrucción y su laboriosidad. El presidente ha dispuesto se le haga un suntuoso funeral: se han preparado 120 globos para conducir las garniciones militares de México, Puebla, Veracruz, Jalisco, Matamoros, Monterey y Chihuahua al lugar de dicho funeral; y se han citado á los gobernadores y autoridades principales de todos los departamentos, para que estén á

las diez del día de mañana en el palacio del difunto para que asistan á la función fúnebre que debe verificarse en la Catedral de la misma ciudad en que falleció.

Dox Próspero.—Si no me perjudicas tanto el movimiento de los globos aerostáticos, iria al funeral; pero á los noventa años nada puede un pobre viejo; y desgraciadamente es la edad en que se desea todo, aun con mas ahínco que en la infancia.

Ruperto.—Pierda V. cuidado, tío, pues el presidente ha mandado que se grabe la vista de la comitiva del paseó fúnebre, en una lámina de daguerrotipo que tenga ocho varas de largo y seis de ancho, y que se coloque en un salon del palacio de Californias, pero sacándose otra igual que debe colocarse en las casas consistoriales de México, para que recuerde siempre á los gobernadores de este departamento que el buen porte produce siempre la estimacion pública. Ademas se ha de publicar en los periódicos la descripcion del funeral.

Dox Próspero.—Y los ministros concurrirán?

Ruperto.—Se dice que no; porque estan muy disgustados con el presidente, y no quieren acompañarlo.

Dox Próspero.—¿De qué ha provenido esta incomodidad?

Ruperto.—De haberles circulado una órden para que den audiencia á todo el mundo dos horas antes del despacho; pues ha tenido repeticiones quejas de que se encierran en sus gabinetes y no quieren oír las solicitudes de los que á ellos ocurren.

Dox Próspero.—¿No has sabido si por fin ha dado su consentimiento el ministro de comercio, para que se case su sobrina con Pedro Benan?

Ruperto.—Si le ha sucedido la aventura mas graciosa. Como se habia opuesto tanto á este matrimonio, el amante fué anoche á las doce y

media a la casa del ministro y se robó a la sobrina llevándosela en un globo; cuando le avisaron que estaba montando en el globo salió corriendo; pero ya el aerostático había subido mas de cincuenta varas, y ella desde el carro saludaba burlescamente a su tío (4); este, furioso, corrió a tomar su globo para alcanzar a los amantes; pero ¡cuál fué su sorpresa al encontrarlo desinflado! pues la astuta sobrina había tenido cuidado de darle sus buenas cortadas.—He oído decir que van a casarse a Roma.

Don Próspero.—Dice bien el proverbio: que la desgracia nunca viene sola; este hombre que ha perdido su reputacion acaba de perder el caudal que a su sobrina la dejó su padre; pues quería casarla con su hijo.

Ruperto.—¿Por qué dice V. que ha perdido su reputación?

D. Próspero.—Porque el *Diario de la oposición* de ayer ha dicho que es socio secreto de la *Compañía de compra de vales*; y el presidente ha mandado que se entable un juicio formal para averiguarlo. Dos de los redactores del *Diario* han estado aquí anoche y me han dicho que tienen pruebas irrefragables; me han impuesto del negocio, y juzgo imposible que el bribonzuelo pueda sincerarse.

Ruperto.—¿Y qué pena debe sufrir?

Don Próspero.—Si queda plenamente probado el delito, la de muerte. Te parecerá muy rigida; pero solamente así se ha conseguido des-

[1] Parece ridiculo decir que a las doce y media de la noche la sobrina saludase a su tío a 50 varas de distancia y que él la viese; pero esto alude, a un proyecto que tiene en Paris un francés, y es: producir una luz tal y colocada de modo que desempeñe perfectamente en la noche las funciones del sol en cuanto a la luz. Parece descabellado a primera vista el proyecto; pero no lo es, pues lo primero casi se ha logrado dirigiendo una corriente de hidrógeno bi-carbonado influsada sobre un viva: la luz que resulta es tan intensa, que a trescientas varas de distancia se puede leer una carta. La dificultad, pues, de producir el *rayo solar*, (así llama su autor a su feliz pensamiento) consiste en colocar el aparato que dá la luz a una altura en que sin dañar demasiado la vista de los que están cerca de él, pueda alumbrar a grandes distancias. Como antes dijimos, el proyecto no nos parece desatinado, y creemos que si su autor imita a Daguerre en su asidua laboriosa diligencia, a ver coronados sus esfuerzos.

terrar el infame abuso de que los que tienen el poder comercien vilmente con él. Hace muchos años que ni aun se oye hablar en México de estos desórdenes; y hoy es preciso que se haga ver que la justicia no tiene miramientos con nadie, sino que al contrario, los hombres públicos son los que deben tratarse con un rigor mas implacable cuando delinquen.

Ruperto.—¿Qué caudal tendrá poco mas o ménos?

Don Próspero.—Antes de entrar al ministerio, cinco años ha, tenia sesenta mil pesos, hoy tiene mas de trescientos mil; ademas de lo que ha gastado, pues es hombre que se trata muy bien. Entre otras cosas de gusto, posee una coleccion de treinta mil monedas sacadas al electrotipo: le ha costado mas de sesenta mil pesos; es una de las mejores del mundo, y hace un siglo se hubiera valuado en dos millones. El es uno de los cuatro accionistas del teatro de la calle de Bucareli.

Ruperto.—¿De cuál, del que está en la esquina de la calle de la Acordada, ó el de cerca de la Ciudadela.

Don Próspero.—Del segundo, que es una mina inagotable para los empresarios: segun he oído decir, han tenido entrada de seis mil pesos el domingo pasado; pues como por allí hasta Tacubaya viven tantos artesanos extranjeros, y la compañía francesa está compuesta de los mejores actores franceses que hay en Europa, el teatro siempre está lleno.

Ruperto.—Me han dicho que esta compañía está ya ajustada para Orleans.

Don Próspero.—Sí, pero deberá venir de Orleans los lunes y juéves; y las demas noches dará óperas la segunda compañía de Milan; en fin, creo que con el tiempo este teatro llegará a ser el tercero ó segundo de México.—Si uno de nuestros *seudo hombres grandes* del siglo pasado, resucitara y viera en México 22 teatros, 43 bibliotecas, 164 institutos literarios, 32 hospitales; en fin, si viera 800.000 habitantes disfrutar de libertad, de salubridad y de una paz inalterable en la ciudad mas hermosa de la América, pediría se le volviere inmediatamente al sepulcro por temor de encontrarse por todas partes con la maldicion de los hombres.—Fósforos.

EL TIRANO.

Yo he visto, Señor, a ese hombre manchado de sangre y vestido de fierro que lleva una masa en la mano.

Yo he visto, Señor, a ese hombre cuya mirada es altanera y cuyas voces son blasfemias contra tí, mi Dios; a ese hombre que se rodea de fausto y de armas y potentados, y que se hace obedecer sin autorida por los pueblos a los cuales oprime.—Ese hombre es un tirano.

Y este tirano vive Señor, porque tú lo has tomado por instrumento para castigar a tus hijos.

Se ha elevado entre sus hermanos como la palma del desierto, y ha alzado su cabeza orgullosa como el cedro del Libano.

Mas tu soplo de indignacion caerá sobre él, Señor, y desaparecerá de sobre la tierra. Porque tú eres clemente, Dios mio, y te apiadarás de tus pueblos.

Porque tú oirás sus plegarias, y los gemidos de los hijos de los hombres llegarán a tu trono de gloria, Señor, y el incienso de sus oraciones será acepto al Rey de los cielos.

Y levantarás tu mano que pesaba sobre tus hijos, y caerá sobre el tirano y lo hundirá en el fuego como instrumento de castigo.

Los hombres te ofendieron, Dios mio, y faltaron a la ley de su Señor. Mas se han arrepentido, y cubrirán sus cabezas de ceniza y desgarrarán sus vestiduras y llenarán sus cuerpos de cilicios; porque el Señor los ha visto airado y a sus obras con indignacion, porque las obras de los hombres han sido en contra de la ley.

Y por esto has puesto sobre ellos, Señor, un hombre que los oprima y los despoje de lo suyo, y los reduzca a la esclavitud. Porque desobedecieron tu voz, Dios mio.

Por lo cual se ha levantado un tirano que quita a los pueblos el fruto de su trabajo, y lo convierte en provecho propio.

Tu enojo, Señor, los ha dejado caer en la esclavitud, y de manera que el ciudadano no pueda alzar su voz contra el opresor, porque sería desterrado y caería la lengua que ofendiese al tirano. Porque tus siervos han blasfemado de tí, Rey de los cielos, y han quebrantado tus mandamientos.

Por lo cual el tirano se ha convertido en Señor de tus hijos, y disipa en orgías el sustento de los huérfanos y de las viudas, y atesora para sí los dineros con que se ha de comprar el pan de los mendigos, y se circunda de placeres y de orgullo, y dilapida los tesoros de las arcas de los pueblos.

Y ellos no se atreven a pedir cuentas al tirano, porque su respuesta sería de muerte, y la sangre inocente serviría para sus delicias; porque tú has apartado, Señor, tu rostro de tus hijos, y son débiles como niños, y sienten flaquear sus rodillas como infantes sin padre.

Tus hijos desoyeron tu voz, Señor, y se negaron a ti amor, y por esto el tirano y sus satélites seducen a las doncellas y se burlan del dolor de la viuda.

Los hijos de los hombres se negaron a respetar tus templos, y desconocieron tu poder. Por lo cual el tirano levanta ejércitos y se rodea de hombres armados, y con ellos oprime al pueblo.

Tus hijos, Señor, cerrarán su mano para el mendigo. Mas tú les retirarás tu proteccion, y el tirano hace exacciones a los pueblos y los despoja con gavelas.

Ellos fueron indóciles a tu voz, y despreciaron a los justos que tu sabiduria puso entre ellos, y por esto deslumbraсте su vista. Por lo cual han confundido el mérito con la ambicion, y la hipocresia con la virtud, y la vanidad con la ciencia. Y han alzado ellos mismos a un tirano con cien sátrapas que dispone de la autoridad a su placer, y del tesoro público a su antojo.—Y con él se hacen festines y levantan palacios y se erigen templos en los cuales el opresor recibe incienso.

Tus siervos se negaron a adorarte, Dios mio, y tus hijos agazajaron a la impiedad, y alzaron sus frentes orgullosos y dieron cabida en su mente a la incredulidad, y se entregaron al vicio y a los placeres y rehusaron al Señor su respeto.

Por lo cual el tirano se hace adorar, y obliga a tus hijos, Jehováh, a doblar su rodilla ante el simulacro del orgullo y de la ambicion, ante el simulacro del poder.

Y arroja sobre ellos cadenas, y hace pesar

sobre su cerviz envilecida el yugo de la esclavitud y dice. "Yo mando" y los pueblos obedecen desolados.

Mas tú, te apiadarás, Dios mío, porque eres el Dios de las clemencias, y oírás los gritos de tus hijos. Porque tus hijos gimen.

Y gimen las ciudades y los templos, y gimen los montes y los valles.

Porque el labrador llora ante tí, inclinado sobre su cayado.

Y lloran los huérfanos reposando la frente infantil sobre sus débiles rodillas.

Y llora la madre con su hijo colgado del pecho, y el niño mezcla á su alimento las lágrimas del dolor.

Y lloran los hombres todos, y se prosternan en tu presencia, Dios mío, y hieren su frente la tierra, imploran tu favor é invocan al Señor en su amparo.

Porque las ciudades y los templos y los montes y los valles sufren el poder del tirano.

Porque los labradores y los huérfanos, y las viudas y los niños sienten tu indignación, Señor.

Porque los hombres todos se sienten oprimidos y sienten la fuerza de tu ira, como la humilde yerba se siente de los ardores y del sol de estío.

Pero tus hijos alzan el grito, y la voz de la desgracia llegará hasta el trono de tu poder.

Apiádate de ellos y no apartes tu mirada de los hijos de los hombres, porque tu mirada es la gloria y tu amparo la felicidad. Vuelve á ellos tu rostro, y se levantarán en masa los oprimidos y derrocarán al tirano.

Y tenderás tu mano, y serpeará el relámpago, y el dedo del Señor señalará al tirano y caerá sobre su cabeza el rayo de la justicia celestial.

Y despertarás en tus hijos el sentimiento de su dignidad, de la dignidad de hijos tuyos, y el tirano rodando á sus piés, abatirá su sien y mordeará el polvo de la tierra, y su voz te confesará, Dios mío, y su poder cederá al poder de tus hijos. Porque ellos sentirán sus hondades y tu espíritu reanimará sus corazones helados como plantas por el rocío. Y verán la lumbré de tu rostro, y se sentirán inflamados en ella y fuertes en tu brazo. Porque tu brazo es la enseña de victoria, y el tirano está ya marcado de tu terrible mano. Y perecerá, porque tu dedo omnipotente le fijará el hasta aquí que no han quebrantado en millares de años los mares embravecidos. Y le marcará el tremendo hasta aquí de la duración, que respetarán el sol y los astros y que hundirá á la creación en la nada.

Mas apresura el momento, Señor, y revive en tus hijos el amor á la libertad, porque su estado es de ignominia y de vergüenza. Rey del cielo, apiádate de los hijos de los hombres y ten misericordia de ellos en su desgracia.

Quiere, Señor, y el soplo de la eternidad pasará volando ante tí, y acabarán los tiempos y llegará el día. Recibe el incienso de sus oraciones y ensalza, Dios de clemencia, sus súplicas.

Mira sus penitencias y escucha los clamores con que imploran tu perdón. Concédedelo, Señor; que tiempo ha que se sustentan de amargura y que tu ira ha convertido en lágrimas su bebida. Escucha los sollozos con que te piden Dios mío la libertad; porque nuestros enemigos nos insultan y el orbe nos desprecia como esclavos. Y somos el ludibrio de las naciones. Escucha sus quejas amargas contra el tirano. Apiádate de tus hijos, Padre mío.

Vuelve á ellos tu mirada de bondad, y alzarán su humillada frente, y caerá el tirano, y podrán ser libres. Apiádate de ellos, Señor, para que puedan ser felices mis hermanos.

JOSE M. DEL CASTILLO.

Dionisio el tirano, rey de Siracusa, había enviado á las Canteras, que era una especie de presidio, al filósofo Philoxeno, porque no había admirado unos versos que había hecho, y de los cuales estaba muy pagado; y habiéndolo llamado al día siguiente, le leyó otra composición, preguntándole ¿qué le parecía? Pero Philoxeno, volviéndose á los guardas les dijo: «Que me lleven otra vez á las Canteras.» El tirano sin embargo sufrió esta burla pacientemente.

Hallándose en otra ocasión el mismo, falta de dinero, saqué un templo de Júpiter, y quitándole un manto de oro macizo que tenía puesto. «Este manto, dijo, es muy pesado para el verano, y demasiado frio para el invierno,» haciéndole poner otro de lana, añadiendo: «Esta tela se acomoda mejor á todas las estaciones.»

El presidente Paulo Emilio, conquistador aconsejándole Escipion Nactica que diera una batalla antes del tiempo oportuno, y haciéndole entender que esta dilacion la atribuían los enemigos á cobardía. — «Yo hablaba como tú á tu edad, le respondió; á la mía obrarías tu como yo obro.» — Vióse en la mediana, despues de haber enriquecido el estado; y Ciceron no pudo hacer mejor elogio de él que el que hizo diciendo: «No trajo á su casa mas una gloria inmortal.» Algunos de estos generales son los que hoy nos faltan.

EL AMIGO DEL LICEO.

MORALIDAD DE LOS DRAMAS.

Comunmente se declama contra el teatro moderno porque en los dramas no se procura pintar el crimen sino con coloridos hermosos que le dan realce sobre la virtud, de la que siempre se le ve triunfar. No hago, por supuesto, aprecio, como deja entenderse, de cierta clase de declamadores que nada les parece peor que nuestra época sin tener presente la suya, de aquellos hombres que exaltados por principios religiosos, cuando tienen oportunidad de asegurar su subsistencia cooperando á la construcción de un edificio destinado á representar, desean mejor morir de hambre y coadyuvar á destruir el tal edificio, porque su conciencia se grava si de algun modo contribuyen al infame objeto de la desmoralizacion, al mismo tiempo que no escrupulizan en declarar al pariente una guerra abierta y un odio implacable porque se enlaza en matrimonio con una infeliz huertana que tuvo la desgracia de no descender del Conde H. Estos entes miserables deben mirarse con desprecio; siguen un camino diferente del que sigue el hombre verdaderamente virtuoso.

Yo escribo por ciertos hombres de la época, de instrucción y capacidad que no pueden ver sin horror la representación de un drama, y acaso no asisten al teatro si no está anunciada en el cartel una pieza de Dumas ú otro autor de este género, y no salen satisfechos si no han visto ejecutar una composición en que á cada acto haya habido por lo menos un suicidio, un incesto y algunas otras cosas por este estilo.

Supongo, quizá camino bajo un supuesto falso, pero supongo que el teatro no es mas que la pintura fiel de las escenas del mundo, y por cierto que en este no siempre, y me atrevo á decir, que nunca se halla recompensada la virtud y rara vez se encuentra castigado el crimen. El agiotista aumentando su caudal á costa ajena, dispensa una simulada, hipocrita proteccion á las personas desvalidas que tiene sumergidas en la indigencia, y goza un gran valimiento con el gobierno que arruina. El comerciante introduce grandes contrabandos y sube el precio á los efectos por el crecido aumento de derechos. El labrador cosecha en abundancia y encarece sus frutos lamentándose del tiempo si ha sido

lluivioso y quejándose si han escaseado las aguas. El juez vende la justicia: el abogado arruina á la parte que defiende prolongando el pleito para sacarle el jugo: el médico alarga la enfermedad para aliviar la bolsa del paciente: el gobierno oprime al pueblo y el pueblo deprime al gobierno: el padre abandona á la prostitucion y mira con desprecio y ve con horror y considera como infamadora de su familia á la hija cuyo honor no supo conservar: el hijo se halla condenado á ignorar su origen, ó por lo menos á ocultarlo, y en su frente lleva impresa la señal que lo infama del crimen de sus padres cuyos estravios no dejará de maldecir. En fin, iría recorriendo uno por uno los crímenes todos, que incesantemente y á la vista de todo el mundo se cometen en la sociedad, y siempre veríamos al agiotista, al comerciante, al labrador, al juez, al abogado, al médico y á toda la caterva de hombres criminales rodar coches, pensarse en grandes y lucidas concurrencias, dar espléndidos banquetes y regocijados festines y en todo siempre, á lo menos en la apariencia, disfrutar placer y holganza.

Si el teatro, pues, es la representación exacta, la pintura fiel del hombre, tal cual le vemos, tal cual le conocemos y podemos juzgar, no hay duda que si el retrato debe parecerse al original, los dramas terribles, esos dramas patibularios contra los que tanto se declama, son lo que mas cumple, lo que cuadra mas perfectamente á lo que se trata de corregir, á las costumbres de los hombres.

Es cierto que á proporción que mas vemos un crimen menos nos horroriza y haciéndonos mas familiar deseamos muchas veces cometerlo, pero esto sucede cuando lo vemos real y efectivamente y aun acontece que nos apoyemos en la autoridad de las personas á quienes hemos visto delinquir, mas no es asi cuando solo vemos el delito en apariencia. Entonces, especialmente contrayéndonos á nuestro caso, nos horripila y mientras dura en nosotros la ilusión de lo que acabamos de ver en la escena, nos queda una sensación horrorosa, un sentimiento profundo por la desgracia que presenciando á nuestra vista no hemos podido evitar, y esta sensación, este sentimiento

lo escita en nosotros otros sentimientos generosos, la compasion, por ejemplo, el deseo de acudir al socorro de nuestros semejantes y evitar el mal que se les prepara: hubiéramos querido en el acto de la representacion, haber existido á tiempo que tal maldad se cometia, ó impediria; con el aliento intentamos avisar al hombre á quien se le hace traicion que se cure del traidor, que se guarde de hallarse en tal ó cual parage donde precisamente lo ha de asesinar desprevenido. Notamos, pues, todo esto en la representacion teatral, permanecemos afligidos quizá una noche entera y hasta nuestro sueño furbará nuestra imaginacion con tales escenas, pero ya no olvidamos ser cautos en nuestro modo de obrar en cualquier acto de nuestra vida, y he aqui ya una leccion que nos sirve de mucho en la práctica de nuestras acciones. Una muger coqueta no procura imitar á la coqueta de la comedia, sino mas bien intenta no parecerse á ella.

Si fuera cierto que la representacion de escenas trágicas no es para nosotros una leccion sino que nos acostumbra por el contrario, al crimen, no abria religion menos dulce y pacifica que la cristiana, ni hombres mas sanguinarios que los que profesan sus dogmas.

Uno de los misterios mas célebres, el apoyo de la creencia católica es la pasion y muerte de Jesu-Cristo, y la Iglesia empeñada en que no se borre de la mente de sus hijos lo recuerda todos los dias y procura que siempre lo tengan á la vista. El tiempo mas hermoso, mas pódico y sublime del año entre los cristianos es precisamente el dedicado solo á renovar los misterios de la pasion.

La época mas grandiosa de la Iglesia, en la que brilló en todo su esplendor, en la que se hizo notar mas su mansedumbre, fué nada menos que los tres siglos de persecuciones y de martirios, de escenas sangrientas y verdaderas. En los pulpitos, en el tribunal de la penitencia y hasta en el mismo altar se nos recuerdan diariamente estas escenas y nosotros nos las representamos vivamente y por esto somos mas criminales que los hombres de diferentes sectas? no por cierto. ¿En qué, pues, consiste que no se hallen avezados al crimen hombres que solo oyen hablar de tiranos que asaban á otros hombres en parrillas, que por entre las uñas y los dedos les metian agudas espinas, que los hacian combatir con indómitas fieras, que los desollaban vivos y tanta infinidad de crueldades que se inventaron para dar muerte lenta y atroz á los mártires de la religion cristiana? ¿Será acaso porque la religion predica mansedumbre y dul-

zura? luego la religion por solo sus principios, apesar de la representacion de escenas trágicas, es capaz de inspirarnos sentimientos puros y de grabar en nuestro espíritu profundamente los dogmas de una sana moral. Entonces por mas que en el teatro se nos pongan á la vista las escenas mas horrosas nada podrá borrar el sentimiento religioso, la idea consoladora de virtud, y apesar de que veamos al crimen triunfando en la escena, el pensamiento solo de un porvenir desgraciado que aguarda á aquel hombre que hemos visto llegar al colmo de su engrandecimiento, basta para retraernos desiquiera intentar imitarle.

Si las sensaciones, que con dificultad se borran, que han causado en nosotros en nuestra edad pueril, las benéficas lecciones de nuestros padres son las que pueden guiarnos, como por la mano, por la senda de la virtud, entonces tampoco tenemos que temer á la representacion de un drama cuyas escenas no podrán borrar las fuertes impresiones que ya para siempre se grabaron en nosotros. He aqui en tal caso la difícil ciencia que debe conocer un padre de familia y toda otra persona encargada de la educacion de los hombres en su primera edad. De ellas y de ningun otro mas depende el bien estar de la sociedad: el cielo y los hombres tienen en ellas depositada su confianza y puestas sus mas fundadas esperanzas, el cielo y los hombres las juzgarán. No, no basta al padre haber engendrado al hijo: no basta á la madre haberle concebido, ni cumple con la herte dado de sus pechos el alimento: no, es necesario saberle educar bien ¿de que modo? este es un problema que no he podido resolver.

De todos maneras convengamos en que con tal que nuestras inclinaciones hallan sabido estudiarse y comprenderse con tiempo y dirigirse rectamente por los que han tenido el encargo de darnos educacion, con tal que esta haya sido pura y esmerada y que se nos hallan, por último, procurado grabar sentimientos religiosos en edad tierna, en nada podrá influir cualquiera otra cosa para hacernos criminales, y si alguna vez nos precipitamos al vicio procuramos al fin separarnos de él con todo esfuerso. Asi que, la religion, la educacion y la inclinacion natural son las tres causas que nos contienen en la rectitud y la justicia; y por la inversa, la falta de las dos primeras ó el desarreglo en la tercera nos entregan al delito.

No inculpemos, pues, á los dramas: ellos, en un hombre vicioso producirán mal efecto, es cierto, pero no será este resultado, esclusivo da

Vicio Mexicano.



LA NEGACION DE S. PEDRO.

los dramas. En un hombre justo, por el contrario, excitarán su sensibilidad y le inspirarán horror y compasión al malvado y odio al mismo crimen.

No estamos ya en una época, es preciso confesarlo, en que los hombres se espantan con visiones, la misma realidad es difícil que los asombre. No es este el siglo, y acaso ninguno lo ha sido, en que el castigo atroz del delincuente pueda retraernos de cometer un crimen. Las penas mas rigurosas las vemos sufrir muchas veces con serenidad; su impresion, en la clase que mas moralidad conserva, es fuerte pero no muy duradera: los tormentos del reo en el patibulo escitan y conmueven en gran manera nuestra sensibilidad pero no nos retraen del vicio y ciertamente que no es hoy cuando mas ejecuciones efectivas presenciemos.

Cuando una fatal necesidad, cuando una pasion que vista al principio con indiferencia fomentada despues insensiblemente ha tomado gran incremento, cuando un acceso violento nos precipita á cometer un crimen, no meditamos antes en sus funestas consecuencias ni paramos un solo momento la atencion en la prohibi-

cion de la ley ni en su sancion penal, solo deseamos satisfacer nuestra necesidad, llenar nuestro deseo, ó acaso nada queremos por que no somos dueños de nosotros mismos. Predicamos la virtud, declamamos contra el vicio y mientras asi hablamos, pensamos y quizá nos delictamos con el mismo crimen que impugnamos; formamos nuestro plan para irlo á ejecutar hallando la virtud que precisamente estamos encomiando. Y en todo esto ningun participio pueden tener los dramas.

Los males que cometemos son independientes de las sensaciones que nos hacen experimentar los dramas y baste para nuestro convencimiento la sencilla reflexion de que las clases mas corrompidas, las mas criminales en la sociedad no son las que con mas frecuencia concurren á los teatros, al mismo tiempo que las mas morigeradas son las que reciben una mejor educacion, advirtiendo por conclusion que una de las mas corrompidas que asiste diariamente al teatro, no goza de la representacion distraida con otros objetos que parece son de su mayor interes.

CARLOS M. SAAVEDRA.

LA NEGACION DE SAN PEDRO.

Antequam gallus caneret ter me negabit.

Con siniestro rumor zumbando el viento
Alza de polvo tormentosa nube
Que en curso arrebatado, negra sube
Hasta perderse allá en el firmamento.
Los opacos destellos de la luna
No apacible tristeza, miedo imprimen
Iluminando de Salen la frente
Manchada ya con execrable crimen.

Del Pontífice inicu en el palacio,
Entre turba furiosa y sanguinaria,
Aguarda manso el hijo del Eterno
Fiera sentencia, que con rabiá impía
Fulminarán contra el criador del día
Las negras potestades del infierno.
Nadie consuela su mortal angustia,
Nadie le tiende compasiva mano;
Todos le befan y su rostro hieren....
Tu sangre, hijo de Dios, tu sangre quieren,
Y mientras, salvas al linage humano.

Tom. 1.

De ardiente hoguera la rojiza llama
Del viento el soplo, chispeando inclina,
Y mas viva se inflama,
Y el atrio y sus columnas suntuosas
Con lividos destellos ilumina.
En torno de la lumbre se calientan
El soldado feroz de torvo ceño
Cubierta la cabeza en ferreo casco,
Del pontífice siervos numerosos;
Y tambien *Pedro* está, yerto de frío
Escuchando los gritos estruendosos
En que prorumpo el populacho impío.

Pedro, el Señor cuyo abrasado aliento
Puede á pavesas reducir el mundo,
Yace agobiado por dolor profundo,
Demanda compasion.
Una muger á Pedro se le acerca

Y curiosa en su faz los ojos clava;
—También este hombre con Jesús estaba,—
"Y Pedro lo negó.."

El que enjugó amoroso el triste llanto
De la viuda infeliz y del mendigo,
Entre ansiedad mortal busca un amigo
Que calme su aflicción.

"Estaba con Jesús,, otra voz dice,
Y señalan á Pedro con el dedo;
Amigo desleal tiembla de miedo,
"Y Pedro lo negó.."

Como la madre al fruto de su vientro
Te ama Jesús; con él morir juraste;
¿Y ya tus juramentos olvidaste,
Discípulo traidor?

Mas otras voces á decirle tornan
"Estaba con Jesús, es galileo,,
Pálido Pedro, cual cobarde reo,
«Perjuro lo negó.»

De una ave el canto suena tristemente,
Vuelve el amigo infiel la faz turbada,
Se encuentra de Jesús con la mirada....
Ingrato, has renegado de tu Dios.

Vedle á la luz de amarillenta luna
Del palacio en el pórtico arrogante,
Juntas las manos, puesto de rodillas,
Cual de cadáver, pálido el semblante;

Pecó contra su Dios, dolor acerbo
Como un dogal oprime su garganta,
Tristes sollozos de amargura envía
Como el anciano que perdiera al niño
Que de noche en su seno se dormía.

Vedle llorar, que mirareis mañana
Espirar entre horribles convulsiones.
Al réprobo infeliz, que tomeario
Con beso de traición sellara el rostro
De la víctima santa del calvario.

Llora sin fin; el ángel de tinieblas,
Sus alas agitó de gozo lleno,
Su diadema brilló mas escondida
Cual relámpago livido en su frente,
Cuando negó tu labio,

De una Virgen, al hijo Omnipotente.
Las lágrimas son bálsamo divino
Con quesús llagas, Dios, al hombre cura,
Son iris apacible que conjura
De su cólera el fiero torbellino.

Ya comienza á lucir en el oriente
La triste aurora del tremendo día
En que entre dos infames malhechores
Ha de espirar el hijo de María.

De espinas ceñiránle una corona,
En sus hombros pondrán risible manto,
Odio mortal alentarán en tanto....
No gimas, Pedro, ya, que él te perdona.

Abril 2 de 1844.—JUAN N. NAVARRO.

CLASICISMO.

Aunque siempre nos ha parecido inútil y muchas veces perjudicial querer comprender todo á fuerza de definiciones, que lejos de explicar confunden, y en lugar de que simplifiquen complican, sin embargo, hemos gustado de explicaciones para entender bien las cosas; pero hay algunas que si no pueden definirse, tampoco es posible explicarlas, y esto proviene quizá de que sus autores, digo los que las clasifican, no han sabido al hacerlo marcar con exactitud sus diversas especies. Entre estas cosas se cuentan como de moda y que se hallan en bocas de todos las palabras romanticismo y clasicismo, que ni los mismos que las inventaron podrán explicar lo que comprende cada una de ellas. Cualquiera dice á primera vista con solo dar

una rápida ojeada á una obra, sea cual fuere el autor de esta, pertenece al género romántico ó al clásico, como sucede con otras muchas cosas aunque no las podamos explicar, y si se pregunta por qué este autor es clásico ó romántico; porque la obra, se dice, del uno termina con matrimonio, y la del otro con muertes; porque en esta hay pasiones violentas que no dejan á los héroes ó heroínas reflexionar, y en aquella para ejecutar el héroe una accion, medida con calma si guarda ó no consecuencia al autor, porque en la segunda no se descubre el fin hasta que se concluye la obra, y en la primera se trasluce tan luego como se comienza á leer. Estos son los caracteres mas marcados que en nuestro concepto distinguen uno y otro

género. Veámos ahora cual de los dos es mas conforme á la naturaleza y cual aventaja al otro.

Primeramente hay que notar entre los clásicos (ó classicistas ó clasicuistas) y los románticos la diferencia que parece se encuentra entre los hombres que se sujetan á reglas para escribir, y los que no guardan regla alguna. Nosotros desde luego advertimos que apenas puede concebirse como el entondimiento tenga que discurrir observando invariablemente ciertas leyes que deban servirle de norma, si no son únicamente las gramaticales y aun estas sacadas del uso.

Desde que comenzamos á articular sonidos claros y á nombrar las cosas somos guiados únicamente por la esperiencia, por el trato con las personas que nos rodean, y cuyas palabras aprendemos; pero no se nos marcan reglas para que espresemos nuestros conceptos, sino que formamos frases enteras segun lo que deseamos manifestar. De esta manera la práctica sola nos va perfeccionando en el idioma hasta otra edad en que á la conversacion familiar sustituimos, ó mejor dicho, acompañamos el trato con personas instruidas y la lectura de buenos, ó si se quiere tambien, de malos escritores. Cuando por una necesidad, obligados por cualquier circunstancia debemos tomar la pluma, formando previamente nuestro plan lo desenvolvemos con facilidad oyendo á nuestra imaginacion que ordenada nos va dictando los pensamientos, y las frases con que hemos de manifestarlos al escribir. De la mayor ó menor capacidad del escritor, de su imaginacion mas ó menos viva, mas ó menos afuente, y sobre todo, que importa mucho de su mayor ó menor dedicacion á la lectura de los buenos, ó de malos modelos de que haya hecho uso, dependerá la bondad de su composicion; pero no por eso deberá á cada frase que haya de poner, á cada pensamiento que le ocurra, buscar si está ó no conforme con tal ó cual regla, si estará ó no mejor usar acá ó allá esta ó esotra figura retrórica, porque será poner á su desgraciada imaginacion en tortura, pasarse horas, ó tal vez dias enteros para articular una clausula, que en un estilo cansado y fastidioso para los lectores, les revele la miseria del escritor.

Contra las composiciones dramáticas, lo decimos de paso, de los románticos se censura la falta de las tres unidades, critica destituida absolutamente de apoyo y que la hemos visto hacer á personas afectas á las tales composiciones. Se dice que es muy inverosímil, por ejemplo, que comience la escena en Madrid y

termine en México, que pasen diez, veinte ó mas años entre dos actos y otras cosas semejantes. En efecto, es cierta la inverosimilitud de que se acusa á estas piezas porque no pueden formarse idea de que estemos en México escribiendo este artículo y al mismo tiempo nos podamos hallar en Roma ó otro parage, pero adviértase que en una composicion del gusto moderno no se supone que se ejecuten dos acciones opuestas por cualquier circunstancia en un mismo acto, lo unico que se hace es que rápidamente se muden las escenas y que en menos de un minuto si se quiere se casen los que apenas acaban de nacer, pero esto nada tiene de particular puesto que el que asiste á la representacion reflexiona que han transcurrido tantos años cuantos plugo al autor suponer que trascurrieran. La representacion dramática para el espectador es una ficcion, el se supone ó se le hace suponer que está en una calle de Paris, de Madrid, de Londres en tiempo de Luis XI, de Margarita de Borgoña ó en cualquier otro lugar, en cualquiera otra época y no está sino en México, y como se le violenta para trasportarlo al lugar de la escena, y contra esto no se encuentran obstáculos ni inconveniente de ningun género, de la misma manera juzgamos que se verifica en las composiciones modernas: allá se pasa del lugar donde se encuentra al lugar donde se supone la escena: en el primer caso se muda uno á una época muy atrasada, y en este á diversas, regularmente entre unos mismos personajes.

Volviendo á nuestro asunto, del que juzgamos que nos hemos separado algo, hemos visto personas de gran capacidad demorarse en una composicion mucho tiempo, porque no se atreven á escribir un pensamiento sin haberle ido acomodando una por una las reglas de literatura y examinando tambien uno por uno todos los defectos de que pudiera adolecer, de que resulta naturalmente una composicion cansada. El mayor mérito que ha tenido la obra inimitable de Cervantes, y el modelo en idioma D. Quijote, es sin duda que para escribirla solo consultó á lo que le dictaba su imaginacion; y lo incorrecta que se halla, prueba el poco cuidado con que fué escrita.

Lo mas doloroso y sensible es, que parte de nuestra juventud se encuentre alucinada con tales ideas, y tanto, que apenas, lo hemos visto, apenas se anuncia la apertura de una cátedra de bellas letras adoptándose, por supuesto, por autor á D. José Gomez Hermosilla (servil bajo todos aspectos aunque no podamos negarle

que es buen hablista, y los jóvenes todos acuden con ansia á la cátedra, y creen que entrando á ella son ya unos literatos perfectos, sin hacer caso de la lectura de buenos modelos porque se cansan de leer, como si las bellas letras se aprendieran con solo oír las reglas del arte de hablar bien en prosa y verso. Agréguese á esto la inconstancia; que pasados pocos días, desconfían de adquirir los conocimientos que se promedian de concurrir á la cátedra, en la cual ningún fruto sacaban porque con las reglas esperaban formarse.

Recordamos á este propósito haber visto preparar en cierto parage de la república los actos de bella literatura, dando unos apuntes, á los sustentantes, pormenorizados del análisis de las obras que debían examinar en sus actos, y también tenemos presente habernos dicho con énfasis uno de aquellos jóvenes, que no le prestaba ya ninguna diversion el teatro, porque solo estaba atento aun sin pensar á los defectos de la pieza que se representaba.

Nadie duda de la importancia ó casi extrema necesidad de dedicarse á la lectura para los adelantamientos en las bellas letras por lo que reputamos redundante el inculcar este estudio, pero lo que sí ponemos en duda ó no admitimos, es la necesidad de estudiar reglas, nosotros convenimos desde luego en la precisión de las gramaticales, y apetece de buena gana que concluido un escrito se examine cuidadosamente por ver si está en un buen castellano ó disuena de algun modo al oído, y hé

aquí la única regla que nosotros damos del buen gusto. Por lo demás nada aprovecha aprender nombres de figuras retóricas que solo sirven para formar pedantes, sin darles por esto genio, y si de algo aprovecha, es solo saber que en esto ó en aquello se ha cometido tal ó cual figura que tiene ese ó esotro nombre griego. Tampoco podrá condenarse el estilo libre, llamamos así al de los románticos, por tal cual escritorzuelo que no deja tambien de forzar su imaginacion para describir esta ó aquella situación; al fin no hallando como expresarse, porque no halla pensamiento, nos hace creer, ó quiere que creamos que un hombre en el despecho de una pasión violenta, abriendo su pecho intenta darse muerte y.... y cansado se resigna á pasar la vida hasta que á Dios le plega quitársela. No por estos deben juzgarse los hombres del gusto moderno, sino por la naturalidad de las acciones de sus héroes, pues es conforme á la naturaleza que un hombre cegado por una pasión violenta que no reprime, se exceda en cometer grandes crímenes y se precipite en la desgracia, mas bien que no como obra pura de la casualidad, que el hombre sereno en medio del dolor guiado por la irresistible mano del destino, venga á unirse con la muger que conoció por un acaso, que por un acaso trató, que por un acaso tambien amó.

CARLOS M. SAAVEDRA.

ANACRONISMOS.

En este siglo de movimiento y de progreso en que todo camina velozmente hácia adelante, en que en las ciencias y en las artes se han hecho y se hacen todos los días famosos descubrimientos, invenciones nuevas que parecen fueron reservándose desde los primeros días del mundo para los hombres de nuestro siglo, para nosotros en este siglo de adelantamientos, y en que la modestia se deja á un lado como importuna, y el desearo se presenta por todas partes, en que la imprenta especialmente ha recibido un fuerte impulso, ha sido elevada á

un grado superior sin duda al que tenía á fines del siglo XVIII, de todos lados desuellan escritores mas ó menos grandes, que con el espíritu de la época, superficiales los mas, poco aprecio hacen de lo útil, y mucho menos de lo necesario. Quizá nosotros al escribir esto, incurrimos en el mismo vicio que quisiéramos corregir, mas no dejamos por eso de lamentarnos de escritores que se lanzan en la carrera de tales, porque juzgan, como cierto señor de categoría á quien nos abstenernos de nombrar, que basta para formar un buen escritor una

pluma bien cortada y buena clase de papel, á lo que podríamos añadir, y saber pintar la letra, porque lo demás, déjelo su merced á mí, que todo es tortas y pan pintado.

Escritores pues, hay que sin conocer la historia de un país, escriben de ella con la misma confianza que un herrero trabaja una llave, por ejemplo. No saben que escribiendo lo que se les viene á las mientes, sin plan, sin orden, sin método de ninguna clase, y dejándose llevar de su imaginacion por donde mas place á ella conducirlos, pervierten el gusto mas que los autores románticos á quienes censuran porque no pueden imitar, porque no tienen ese genio creador de que la naturaleza los ha dotado. Aunque estamos para nosotros, y lo decimos para descargo de nuestra conciencia puesto que gustamos mas de leer á los tales románticos, que las obras de esotros que llaman clásicos, ó mejor, classicistas ó classicistas que todo es uno, que ponen en tortura los pobres entendimientos, haciéndoles desechar ideas, tal vez bellísimas por querer seguir las reglas de un arte que no existe, decimos, pues, que aun los románticos si no guardan reglas, forman por lo menos plan y observan orden, y cuando escriben hechos á fé que los refieren como pasaron y no como debieron ser, ó mejor, cuentan lo que saben que sucedió, y no lo que juzgan probable que fué. Pero ya nos ocuparemos otra ocasion mas detenidamente en (otros dirian de, pero á nuestro entender, en castellano no tiene este régimen el verbo ocupar,) los románticos y en los clásicos, y por ahora siguiendo nuestro tema, volvemos á decir que el escritor que escribe caprichosamente, corrompe el gusto y hace á sus lectores tan superficiales como él, y quizá mas.

Donde debe sobre todo ponerse mucho esmero, es en la historia, por que apenas habrá cosa tan sujeta á duda como ella, y el que la escribe ya que no tenga ni conserve el carácter de imparcialidad que debería guardar, á lo menos que no la haga mas fabulosa de lo que es en sí. A este intento nos ocurre haber oído, ó si se quiere, serán invenciones nuestras, que allá en tiempos remotos, anteriores al diluvio y muy próximos á la creacion del hombre, despues de esta, eso sí, existian dos naciones poderosas rivales, la Francia y Aténas, (si no mienten los geroglíficos descubiertos por Cain despues de la inundacion universal en las ruinas, de la primera), cuyas dos potencias eran gobernadas aquella por formas republicanas por Pedro el Grande su Czar, ó presidente, que todo es lo mismo, y Aténas la monarquía mas despótica

que se ha conocido, tenía á su cabeza por gefe á Wasinghton. De estas naciones escribe Moisés que confinando la una con la otra, se tenían declarada una guerra atroz, que había durado como veinte años, cuando el emperador Moehtzoma Ilicucamina de Austria, unido al rey de Egipto, Newton mandó un poderoso ejército á las órdenes de Voltaire, general mahometano, y de José, cristiano de religion. Todas las naciones tomaron un empeño decidido en hacer cesar esta contienda, y Dido emperatriz á la sazón del Brasil, invitó á Federico II. rey del grande Mogol, para que aliado con Robespierre, senador romano, y con Julio César y Neron, ambos cónsules en la república francesa y miembros de la convencion, levantasen grandes ejércitos y terminara aquellas diferencias tan ruidosas.

Mehemet-Ali, escritor de aquellos tiempos, no refiere estos hechos, pero se encuentran en las crónicas de los Bellemitas que escribió Tito Livio, impresas en las ciudades de Pintápolis poco tiempo ántes de su incendio, y que se pudieron sacar fresas de las llamas, gracias á las fervientes súplicas que al precursor de Jesucristo dirigió el joven Japhet hijo de Noe, y á las misas que por mandato de David, presidente entonces de la academia de ciencias en Paris, celebró Aaron.

Marco Antonio, Czar de Rusia, abrió negociaciones diplomáticas, nombrando su ministro plenipotenciario á D. Miguel Santa Maria, y de esta manera concluyó aquella guerra que tantos destrozos hubiera causado, retirándose los aztecas con todo su tren de artillería á su país gobernado por Felipe el Hermoso, á quien dijo el profeta Samuel.

Hasta aquí de historia fabulosa, estamos seguros de que sobre poco mas ó menos todos los hechos que en general se nos refieren si no son de esta naturaleza no difieren mucho. A excepcion de la Sagrada Escritura, atendiendo solo á la razon, conveniremos en que nada en efecto está tan sujeto á dudas. Por que si suponemos al historiador contemporáneo, le falta desde luego la imparcialidad, pues es muy natural que le afecten las circunstancias de su época y ha de procurar engrandecer á las personas de su partido y lo contrario hará con las de los opuestos. Lo único que de los contemporáneos puede sacarse, es conjeturas fundadas en reglas de una sana critica, y con todo, tales conjeturas quizá tampoco son muy exactas, pues no puede el lector dejar de afectarse y de tomar interés por algun personaje determinado. Aun hay mas, que debe suponerse al es-

critor muy al cabo de todo lo que pasa y desde luego es su fe muy incierta. Pongámonos en el caso de que vamos á formar la historia actual de nuestro país, y para hacerlo con buenos datos procurárimos recogerlo de las autoridades, la proteccion que estas nos dispensarian nos inclinaria en su favor, y he aquí la falta de imparcialidad. Pero con todo, admitamos que fuésemos imparciales, y no por esto dejarán de alterarse en gran manera los hechos, pues que ni en los documentos oficiales se encuentra intacta la verdad: se queja un vecino de falta de buena policía, el jefe de esta espone que se tiene la mayor vigilancia: se queja otro de que no se le administra justicia, el tribunal contesta que no ha demorado ninguna causa; no hagamos mención de los partes militares, pues siempre cada fuerza beligerante triunfa de su contraria: cada una de ellas tiene pocos muertos y heridos, y la otra ha dejado el campo de batalla cubierto de cadáveres y ha echado á huir.

C. M. SAAYEDRA.

REMITIDOS.

LETRILLA.

¡A qué se reduce en suma
Lo que aquí escribiendo estoy?
A que compré plumas hoy
Y estoy probando una pluma.

Y tu dominó ajustado
Y tu mirar peregrino,
Me respondas con desden,
"Te engañaste soy muy fea,"
Para el tonto que le crea.

Que un crítico literato

Venga á contarnos mil bolas
Y á decir que en mil trescientos
Se usaban ya las pistolas;
—¡Pistolas! ja... ja... que rato;
—Mírelo aquí impreso... lea.
—Para el tonto que lo crea.

Que me nieguen que es peluca
Lo que lleva Doña Inés,
Y el mirriñaque, y los dientes

QUE le diga D. José
A Guadalupe hermosa,
Te quiero y serás mi esposa;
Y aunque el viejo no te de
Ni tu dote ni otra cosa
Con tu amor me ire á una Aldea,
Para el tonto que lo crea.

Que me diga un jugador,
Présteme V. D. Julian,
Que según las cartas van
Me hago del monte señor,
Y mañana le doy doble
Por lo que hoy me franquica,
Para el tonto que lo crea.

Que al ver ese pié divino,
Y tu talle delicado.

Que todo postizo es;
Y que por de veinte paso
La que al hablar ya chochea,
Para el tonto que la crea.

Que me diga á mi Manuel
Que nunca quiso á Panchita
Cuando es ella tan bonita
Y tan calavera él,
Y que bailando los dos
El no esté echo una jalea.
Para el tonto que lo crea.

Que me diga un vejestorio,
Por la virgen Doña Juana
No vaya V. una noche
Al teatro de Santa-Anna,
Se cae; no vaya V.,
Pues dicen que se menea;
Para el tonto que lo crea.

Que con sueldo tan escaso
Ponga un coche un empleado,
Y su muger gaste lujo,
Y el nunca vaya á su lado,
Y que tanta seda y blonda
Solo del empleo sea,
Para el tonto que lo crea.

Que los que mil saltos daban
Y manotadas y gritos
En el baile de Vergara,
No estaban ya fosforitos,
No... nada... si no bebimos,
Es alegría... Marec,
Para el tonto que te crea.

Por que es V. marchantica
(Me dice ayer José)
Le daré el gros, Lucianica,
Pierdo dinero, crea V.
Pero á nadie se lo diga,
Solo á V. por que V. vea;
Para el tonto que te crea.

¡Ay! cuando veas lector
Tanto disparate escrito
Cual levantarás el grito
Contra tan mal rimador
Y maldecirás mi musa
¿No es verdad? Sea cual sea,
O dirás con compasion....
No es mala composicion...
Para el tonto que te crea.

UNA MEXICANA.

ALGO SOBRE TEATROS.

Que el teatro es una escuela de costumbres, y un termómetro para calcular el grado de civilización de las naciones, así como que por su utilidad no debe descuidarlo un gobierno ilustrado, es una verdad tan firmemente asentada, que ya hoy ha llegado á ser principio, despues que tantos sabios de la mas alta reputacion han ocupádose en esta materia, tratándola con una critica algo juiciosa, y desapasionada, con erudicion y con maestría. En consecuencia seria un arrojio, un atrevimiento y una pedantería pretender siquiera añadir algo á lo que esos hombres han escrito.

Sus luminosas obras nos refieren la atencion

con que los pueblos civilizados han cultivado el drama, y nos hacen entender que esta parte de la literatura, no solamente en nada cede á las demas, sino que por el contrario, las hermosea, y que hasta cierto punto puede reputarse como el mas alto grado á que pueden llegar los hombres de ingenio, asemejándose al sol, que no ilumina únicamente á esta ó á la otra familia de la gran sociedad. Un buen escritor dramático, en mi opinion, deberá ponerse en igual línea que el médico: este cura y sana las partes físicas de nuestro cuerpo: aquel deleita al mismo tiempo que corrige los defectos que corrompen y degradan la especie humana, y que aver-

guenzan al que está contaminado con ellos.

Mi pluma es débil, no puedo por lo mismo describir, ¿qué digo describir? ni aun bosquejar la influencia del teatro en las costumbres, ni lo que contribuye á su mejora. Pero ¿que podría agregar á lo que los mas célebres literatos, así en nuestra lengua como en otras, nos han dejado en esas obras clásicas, que solas ellas bastan para formar el crédito y fama de que hoy gozan? A ellos somos deudores, y de ellos hemos aprendido que Grecia y Roma en sus tiempos felices tuvieron, la primera, sus Aristóteles, Sófocles y Eurípides; la segunda sus Plautos y Terencios; la Francia sus Corneilles, Racines y Molières; la España sus Lope de Vega, Calderones, Moretos, Tirzoz de Molina, y al mexicano Alarcon: que la Italia, la Inglaterra y la Alemania, tuvieron igualmente los suyos, advirtiéndonos al mismo tiempo, que cada nacion hace gala y blasona de haber producido excelentes poetas dramáticos, que han sido ornamento y gloria de su país y de su siglo.

México en calidad de colonia de España debería haber seguido en su teatro la suerte y vicisitudes de su metrópoli: floreciente en los reinados de Felipe III y IV: decadente en el de Carlos II y renacido en el de Carlos III, como parte de esa monarquía; pero pocas son las composiciones dramáticas indígenas de que se tiene noticia. Las causas de este olvido, menosprecio, ó qué sé yo, con qué se vió por nuestros nacionales este ramo de la literatura son bastante conocidas: no hay, pues, necesidad de recordárlas. El mismo D. Juan Ruiz de Alarcon que adquirió tanto lustre al lado de los célebres poetas españoles de su época, allá en Madrid, se habría ceñido en México á las cavilidades y enredos del foro; si hubiese permanecido en él, y si no se hubiese trasladado á la península, su *Verdad sospechosa* y *las Paredes oyen*, yacieran hoy arrinconadas y llenas de polvo en algun archivo, si no es que habrían desaparecido á manos de algun ignorante boticario ó de otro especiero.

Don Tadeo Ortiz en su México independiente, menciona algunas comedias escritas por mexicanos, y sin embargo de que ni las hemos leído, ni menos visto representar, no sería aventurado decir que deben estar plagadas de los defectos del tiempo en que se escribieron, aunque sus autores hayan tenido ingenio y sido dotados de las otras cualidades que se requieren para llegar á ser, no un perfecto, sino un regular poeta dramático. Esta conjetura no es gratuita, no la ocasiona un impulso innoble, una arrogancia presuntuosa, ni menos

una crítica precipitada, tanto mas espuesta cuanto que no se tienen á la vista esos escritos; sino que la dicta una induccion racional, nacida de la misma naturaleza de las cosas, porque si los Calderones, Rojas y otros muchos se dejaron arrastrar del espíritu dominante de su siglo, ¿qué fundamento plausible hay para que no les toque la misma suerte á los que en igual tiempo escribian esta clase de composiciones acá en Nueva España, atendidas las circunstancias locales, y otras que aun no están olvidadas? Esa misma conjetura da lugar á otra, y es que en el estado en que se hallaba en México la imprenta, entretenida únicamente en publicar sermones gerundianos, y novenas de santos mal digeridas, no han de haberse impreso ningunas de nuestras comedias, y que si existen algunos ejemplares manuscritos ¡sabe Dios en poder de quien pararán, y lo alteradas que estarán las copias!

Sin embargo, buenas ó malas, ellas nos pertenecen, y contengan los defectos que se quiera, forman parte de nuestro teatro, los vicios, y mal gusto del siglo no perjudican en nada al talento de los que las trabajaron. Deberíanse, pues, solicitarlas con empeño y conservarlas, si no como una muestra ó modelo del arte, al menos como una prueba de que no han faltado entre nosotros quienes hayan cultivado este género de literatura; sin que nos avergüencen sus impropiedades ni los asuntos de que tal vez se apoderaron sus autores, á no ser que sea reprehensible en nosotros, lo que en las naciones todas se ha atribuido al siglo en que se ha escrito.

A continuacion de esas piezas deben colocarse las compuestas del año de 824 en adelante, porque separado México desde aquella época de la dominacion española, debe tener como nacion independiente todo lo que es propio de este rango, á la manera que el resto de las que se encuentran en su caso. España, Francia, Italia, etc., tienen su teatro peculiar mas ó menos rico, y mas ó menos abundante en obras de este género; y ya que se ha perdido el tiempo entre nosotros en idear, y escribir utopías, en asesinarlos por miras personales, ruines, y antipatrióticas, y en obstruir todo lo que real y verdaderamente es útil y provechoso; la razon, la justicia, las exigencias públicas demandan que volvamos sobre nosotros mismos: que hagamos á un lado esas pequeñeces y miserias, pues todo lo que huele á espíritu de partido debe abandonarse, y nos consagremos á ese ramo de la literatura, animándolo y fomentán-

dolo, hasta sacarlo del estado en que hoy se encuentra; mengua es, y no poca, que despues de veintitres años de independientes sea necesario para sostener nuestros coliseos que se nos importen comedias y comediantes; y que apenas se haya presentado en la escena una que otra pieza nacida en el país. ¡Cuántas malas traducciones no se han dado en espectáculo! ¡Cuántos melodramas insipidos ó insulsos! ¡Cuántos de esos que hoy se conocen con el nombre de dramas no hemos visto en la escena por mas atestados que estén de ejemplos y de lecciones de inmoralidad! ¡Y qué resulta de todo esto? que México recibe y compra esa mercancía nociva y perniciosa á la juventud, y que aun permanece dependiente de Europa, como lo es en otros artículos de industria, únicamente porque se ha descuidado cultivar y poner alicientes para que escriban los aficionados á la poesía dramática; á los que se sientan animados de calor y fantasia, para que haya quien se dedique á darnos unas buenas traducciones, limpias, puras, y sin esos galicismos que se advierten en algunas que hemos oído. Tenemos jóvenes ansiosos de gloria literaria; hombres verdaderamente ilustrados, conocedores del arte; de talento dramático, fáciles para escribir diálogos festivos y amenos, enemigos acérrimos de los defectos y vicios indígenas, y adquiridos, y que desean, como buenos mexicanos, verlos deslerrados de nuestra sociedad, donde tanto mal hacen.

El teatro no debe verse únicamente como un lugar de desahogo, como una reunion donde se va á matar el tiempo, ni convertirlo en café, ó casa de tertulia, distrayendo á los concurrentes hasta causarles enfado: es necesario considerarlo bajo el aspecto de una escuela de costumbres, de lenguas, de decencia, de civilidad, de moralidad, y si se quiere de galanteo; pero un galanteo decente, noble, en que se respete el decoro, la dignidad, así del espectador, como de las personas que el autor introduce como interlocutores; digámoslo de una vez, el teatro visto en cuanto á lo formal, quiero decir, en la parte literaria, da á conocer la ilustracion de las naciones; y en cuanto á lo material, todo lo que se presente á la escena debe corresponder á los planes y miras de los que se consagran á estas composiciones tan difíciles, para merecer se les califique de buenas, como arriesgadas cuando el amor forma toda la accion, y es el objeto principal del drama.

Pasó ya el tiempo, y no debe volver aquel que nuestro coliseo de la capital era un local para que los vireyes, oidores, comerciantes y otras gentes asistieran, los unos, para manifestar el rango que ocupaban en la sociedad, y esoltros para deslumbrar y hacer alarde de sus riquezas, do su lujo. Es cierto que esta vanidad, se conserva y aun seguirá quién sabe hasta cuando, así como la de que muchos perimetres, solo asisten, ó por lucir su apostura, tomada esta palabra en su verdadero sentido, ó por otros fines que ellos muy bien saben; pero concurren, y el hábito que deben contraer á fuerza de dedicar la noche á esta clase de entretenimiento, los alejará de otros sitios en que pierdan, en unos la lozania de su juventud, en aquellos su hacienda, y que se les disminuyan los ratos que dedican á la seducción del otro sexo. Los casados y los padres de familia conocen los perjuicios que resultan de una juventud ociosa. Las buenas piezas dramáticas, ejecutadas con todo el ornato y elegancia que exigen, y por artistas que sepan su oficio, causan tal ilusion al espectador, que el mas indiferente se sale fuera de sí, y toma tal interés en lo que se le representa, que se transporta involuntariamente y toma parte en el nudo y lances que preparan el desenlace de la comedia ó tragedia que está viendo.

Sin pensarlo he dejado correr la pluma, y entiendo haberme desviado de un objeto, que segun lo bien ó mal que me he dado á entender se reduce á que se forme un teatro, puramente mexicano, y nada mas que mexicano. ¡Y será esto asequehible? *In rebus magnis incipere sat est*, ha dicho no sé quien, pero ello es una verdad que no debe ponerse á discusion.

A mi ver, y sin que se entienda que aspiro á otra cosa que á contribuir á las glorias nacionales, tres puntos deben promoverse; pero con calor, con fezon y constancia, sin pararse en esta ú esotra dificultad, ni tampoco en las resistencias que suelen oponerse de parte de ciertas personas, que de buena, ó de mala fé, todo lo impugnan; á todo ponen dificultades, y á lo menos todo lo reducen á controversia. Punto primero: El establecimiento de una escuela de declamacion; pero no francesa, italiana, inglesa, ni rusa; ni menos la inventada en una Isla de las Antillas, sino la que conviene al indole, dulzura y armonía de la lengua española. Segundo: alentar y estimular á que nuestros paisanos se ocupen y dediquen á este ramo de literatura;